

AND.

UNA SUPERPRO- NACIONAL

las restricciones a las que se cine y del criterio discrimina- le hacer la vista gorda a cler- lor que contemplamos en las surge en nuestro mercado la realización auténticamente superar con su fresco desca- cidas en los tan confusamen- arrollo. Al director de «Porno stas preguntas:

«Porno Story» plantea un tema dadas las actuales limitacio- ta nuestro cine? o con uno mismo, para ser n. Creo sinceramente que mi ne de jovencitos intelectual- aire fresco para las masas po-

er un intelectual nato, ¿exis- fós jóvenes a los que se re-

do de derechas toda mi vida. plantearse un guión que ofre- nsura?

clipio, demostré notarialmente ma de una forma eminente- espeto total por la tradición. ésta una de las fundamenta- l guión fue aceptado sin un

auténtico festival del sexo, ento no se ha levantado una ribuye usted este hecho?

id que acompaña al film ha lo es posible con elegancia y toda nuestra sufrida clase película el sexo sale vestido con vestido regional, aunque que pueda ofender a nadie en patriota.

do de escenas porno que a algunas de las películas que el extranjero?

dera pena que estas escenas se fuera, desperdiciando los que disponemos en nuestro estas escenas, si ellas son to al mundo con nuestra tra-

re de nuestro tiempo?

lante de nuestra época, aun- onocerlo. Es una tristeza que envidias se esté intentando a las que la Historia nos dará



LAS NUEVAS AMAZONAS (ORGIA)

Despertó y no quería creerse aquello. Rodeándole, quince o veinte hemosisimas mujeres le contemplaban. Pero guapas, las tías, de verdad. Se quedó loco y las miró encantado, una detrás de otra y muy despacio. Ellas también le miraban a él friamente más bien. Le gustó una chatilla rubia, con los ojos claritos, y se fue por ella.

—¡Hermosa, hermosa mía!... No pudo decir más: la otra, sin casi moverse, le soltó un guantazo que le mandó dando traspiés al otro lado del corro. Junto a una pelirroja como un camión.

—¡Qué cachas, madre, qué cachas! —dijo con voz temblorosa, y trató de abrazarse a ellas para que no se le escaparan.

La pelirroja fue más violenta: con una llave de hierro le sacudió como así en las mandíbulas, y le dejó tirado en el suelo echando sangre, tentándose la boca. Se rehízo a duras penas y miró excitado a las espléndidas mujeres. Aquella de la pechera hermosa, aquella de la pechera hermosa... Se levantó dando traspiés y llegó a ella.

—¡A ti, a ti... te cogía y no te soltaba hasta que sonaran las trompetas del Juicio Final, vida mía, que tienes unas... —hablaba con los dientes apretados—, que tienes unas...!

La pechihermosa, al notar las manos del hombre, con un reflejo increíblemente rápido, dobló la pierna derecha y le atizó en el lugar en que las ingles pierden su casto nombre. El hombre cayó aullando.

—¡Uuuuh, tía hermosa, uuuuh, tía buena, uuuuh!

Esta vez le costó algo más de tiempo rehacerse, pero consiguió ponerse en pie después de cierto títubeo y traspiés y las miró de nuevo: «¡Es que estaban!...». Aquella

morena avellanada del pelo cortito tenía que estar más dura que el pederal y suave la piel como la seda. Se acercó a ella:

—En un cuartito los dos, veneno que tú me dieras, veneno tomará yo...

La morenita no tenía veneno allí, pero se hurgó en la falda y sacó una navaja de resorte. Visto y no visto, le dio un tajo de medio lado y el hombre retrocedió unos pasos

—Morena, que estás de buena —consiguió decir entre sangre y espumarajos.

Y siguió examinando al personal. «Aquella ya madurita, tirando a jamona, tenía que saber latín. Y debía hacer un caldo...». Medio de pie, medio de rodillas, arrastrándose, consiguió llegar a ella.

—¡Maciza, que me vas a hacer perder la cabeza con esos ojos traicioneros y ese culo retrechero!...

Dicho y hecho: la jamona echó la mano atrás, como los arqueros cuando toman una flecha, y sacó una barra de hierro gruesa y de medio metro de larga. Y sin poner siquiera cara de mala uva, le sacudió en mitad de la frente. Ahora el hombre cayó como un tángano, sin abrir la boca, y se quedó en el suelo, quieto. Vinieron las moscas y él no las notó. Se fueron las nuevas amazonas y no se dio cuenta. Pero aún estaba vivo: cuando vino el sacerdote preconciliar aún tuvo fuerzas para decirle:

—¡Ven, chata, ven! ¡No me importa que seas viuda!

AEMILIUS



SOLO PARA SÁDICOS

Muchos sádicos (sobre todo los de modesta posición económica) se encuentran con el grave problema de que no pueden usar muchas veces a sus víctimas por el lamentable estado en que las dejan.

Nada más fácil que recuperar una de esas mujeres después de haber sido sometidas a las caricias de tales dilapidadores. Unos sencillos vendajes, como los que ofrecemos a continuación, las dejarán en muy pocos días en perfectas condiciones para continuar los juegos interrumpidos. ¡De nada, majos, y a seguir azotando sin miedo a quedarse sin azotada!

